

PABLO DEL RÍO

DOCE ABUELAS

**La mentira puede ser más
verosímil que la verdad**



MAEVA | NOIR

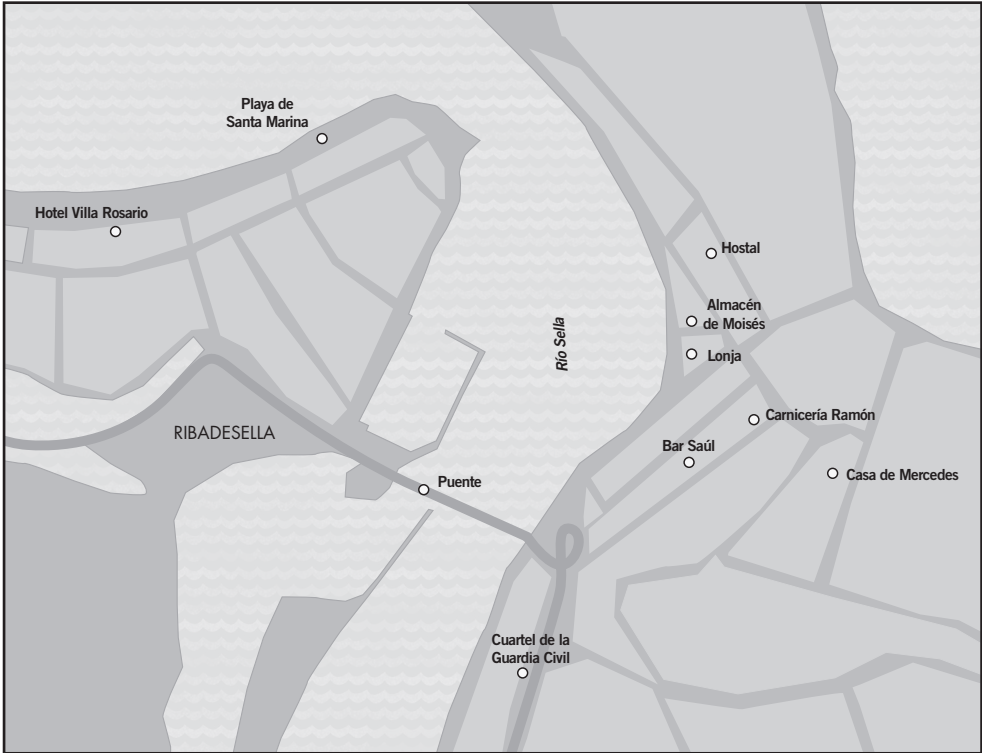
A la memoria de Irene, mi madre.

*Si no quieres sucumbir a la rabia,
deja tranquila la memoria,
renuncia a hurgar en ella.*

Ese maldito yo
CIORÁN

Escenarios de la novela





1

24 de diciembre de 2018

MERCEDES HA PASADO la mañana con sus amigas tomando el vermú y sin hacerle ascos a los ricos aperitivos que sirven en los bares del pueblo.

Suenan tres campanadas en el reloj del ayuntamiento de Ribadesella, señal que las mujeres interpretan como una especie de toque de queda. La anciana se despide de ellas y enfila hacia su barrio.

El alcohol le ha hecho mella en la cabeza y en las piernas. A cada paso que da hacia delante le corresponde uno lateral en contra de su voluntad; incluso algún que otro traspíe amenaza con hacerla caer. Su casa está situada en la Cuesta Vieja. Para llegar hasta allí es preciso subir unas empinadas rampas cuyos últimos metros le resultan soporíferos. Hoy los pulmones le arden especialmente a causa del esfuerzo. Jadea como una plusmarquista al cruzar la meta.

Con la niebla apenas se distingue una casa de la otra. La suya destaca por el desvencijado porche delantero que en su día fue de color tabaco. La madera está medio podrida y amenaza con venirse abajo en cualquier momento. En la parte trasera de la vivienda, un huerto le proporciona todos los años una buena cosecha.

Se limpia las botas en el felpudo varias veces. Recupera el resuello dando grandes bocanadas que le congelan la garganta y siente el corazón desbocado bajo el jersey de lana. Abre la puerta no sin dificultad: anda algo descolgada y roza en las baldosas. Entra y la cierra con energía para evitar que se atasque.

El resultado es un estruendoso portazo. Coloca el abrigo en el perchero al tercer intento. Cada día que pasa tiene la sensación de que su cuerpo merma o que el perchero crece. Una de dos.

Le extraña que el salón conserve una temperatura tan agradable. Eso significa que olvidó quitar la calefacción cuando salió por la mañana. Al mismo tiempo que sus huesos, su memoria también sufre los achaques de la edad y crea peligrosas lagunas temporales; así las denomina el médico que la trata. Es consciente de que cualquier día olvidará apagar el gas de la cocina y la casa saldrá volando con ella dentro.

Al mirar de reojo nota una presencia cerca de la ventana, a contraluz. Se vuelve y vislumbra a su sobrino Ricardo de espaldas, sentado al piano. Lleva puesto un abrigo azul oscuro y una bufanda de color mostaza, una indumentaria excesiva teniendo en cuenta el calor que hace en el salón.

Un latigazo de euforia le recorre el cuerpo. A Mercedes le encanta que su sobrino la visite, algo cada vez menos frecuente por culpa de su ajetreada agenda como músico. En Nochebuena nunca falla. Ricardo tiene por costumbre llamar a su tía la víspera para anunciar si irá a comer o a cenar. Esa vez ha preferido darle una sorpresa.

—Pero ¿cómo no me has avisado? Habría preparado una comida como Dios manda —le recrimina con cariño Mercedes.

Ricardo permanece concentrado frente al instrumento, sin mover un músculo, con la mirada fija en la partitura y las manos apoyadas en el teclado. Tan absorto que ni siquiera se ha percatado de la llegada de Mercedes, debidamente anunciada a través del portazo que había hecho retumbar hasta los cimientos. Pero Ricardo siempre ha sido una persona con aire ausente. Cuando se sienta al piano, se abstrae por completo del entorno y despega hacia mundos exclusivamente suyos.

Mercedes se acerca a él emocionada, radiante, no hay nada que le haga más feliz que ver a sus sobrinos Ricardo y Beatriz en

casa. Sentir el eco de sus zapatos en la tarima. Oírlos desde la cocina pelearse por el mando de la tele, como cuando eran pequeños. Relamerse con los *casadielles* que ella prepara.

Mercedes se acerca a Ricardo y juega durante unos segundos con su pelo ensortijado y sedoso. La madre de Ricardo había pronosticado que cuando el muchacho creciera perdería sus rizos a merced de un proceso puramente natural, pero él ya es adulto y sus rizos persisten, a pesar de tener ahora el pelo mucho más corto.

Mercedes empuja despacio la cabeza de Ricardo hacia delante para que salga de su hipnotizada pose y le haga un poco de caso. Con el leve envite de los dedos, Ricardo se tambalea y cae sobre el piano, golpeando con la frente en el teclado y produciendo un estridente crujido de notas agudas.

—¡Dios mío! —masculla Mercedes. La mujer da un respingo que la catapulta un metro hacia atrás. Hubiera querido gritar de espanto, pero la congoja ahoga cualquier intento. Apenas le aflora un lamento sordo en la garganta, un balbuceo incongruente. El cuerpo entero le empieza a temblar, desde el mentón hasta los talones.

Al pretender levantar a su sobrino, nota entre las manos un cuerpo rígido. Y algo peor; su cara yace tersa, fría, igual que un trozo de granito.

Ricardo no está concentrado en el piano, como ella imaginaba, sino congelado.

La mujer tira del cuerpo como buenamente puede. Lo agarra por las axilas, por los hombros, por el estómago... Pero pesa demasiado y sus brazos flaquean. Mercedes se aferra al cuello de su sobrino, lo abraza y trata de empujarlo hacia arriba. Esfuerzo baldío; no consigue moverlo ni un centímetro. Le falta fuerza y aire.

El cuerpo presenta un aspecto marmóreo, inerte, con la boca medio abierta y los labios pegados a las teclas. La mirada perdida, apagada.

Mercedes pretende alzarlo a toda costa, como si la congelación fuera una broma carnavalesca y pudiera devolverlo a la vida simplemente con sentarlo de nuevo sobre la banqueta. Pero el alcohol le ha restado energía en los brazos y equilibrio en los tobillos. Lo único que consigue tras el esfuerzo es que la cabeza de su sobrino rueda sobre el teclado de un lado a otro, provocando un cómico baile de notas, de las más agudas a las más graves y viceversa, imitando la melodía de los afiladores que recorrían los pueblos en bicicleta cuando era una niña.

Ofuscada, derrotada por el dolor, echa una última mirada a su sobrino y se limpia las lágrimas. Se enfunda el abrigo, cierra la puerta y vuelve a mezclarse con la niebla.

Calza unas botas de medio tacón, de modo que baja con miedo de dar un resbalón y caerse. Los efectos del alcohol le nublan la vista al tiempo que alimentan su desorientación.

Los vecinos con los que se cruza —es hora de comer y buena parte de ellos se dirigen a sus casas— la saludan, pero no obtienen a cambio más que un leve y desganado arqueado de cejas. Mercedes no está en situación de pararse a dar explicaciones en medio de la calle. Hace frío y no es momento de contarle a cada uno de ellos la escena que acaba de vivir en el interior de su casa. Nadie la creería y le harían perder el tiempo. Su único objetivo es llegar cuanto antes al cuartel, del que la separan unos diez minutos. Al llegar a la iglesia, sus piernas agradecen que el suelo por fin sea plano.

Una pareja de fumadores apostados junto a Casa Juanito intercambia humaradas y una conversación que interrumpen en cuanto la ven pasar. Murmuran sobre ella. Les extraña el ajetreo que lleva la mujer al caminar, impropio de una anciana.

Mercedes nota cierta tirantez en la cadera derecha. Ladea la cabeza y se percata de que con las prisas se ha abrochado mal el abrigo, y cuelga más de un lado que del otro. Considera que recomponer su aspecto no es una prioridad y continúa su camino dando algún que otro resbalón. Toma la calle Oscura y se

planta en la carretera nacional. Unos metros más y alcanzará su objetivo.

El cuartel es un edificio de piedra. La fachada se alza sobre una ristra de arcos de medio punto que dan cabida a una especie de porche. El perímetro está protegido por un muro también de piedra y unas puertas metálicas. Mercedes llama al portero automático compulsivamente. Por una ventana asoma la cabeza pequeña y casi rapada del guardia Madrigal. Al percatarse de que es Mercedes y observar que parece muy nerviosa, el muchacho cierra la ventana, abre la puerta metálica desde el interior y sale a su encuentro.

—Mercedes, ¿a qué debemos su visita? —La sonrisa amplia delata su inocente presunción: no puede tratarse de algo grave, nada malo puede pasar el día de Nochebuena en un pueblo como ese. No hay que olvidar que los conflictos de la comarca suelen ser de naturaleza menor: una riña tras la colocación de un mojón en una finca, algún intercambio de insultos tras un accidente de tráfico, pequeños rifirrafes entre patronos de barcos u otros encontronazos de escasa transcendencia.

Mercedes casi no puede hablar. Siente la boca áspera, como si le hubieran forrado el paladar con lija. Las lágrimas amenazan con brotar. Respira profundamente para mantenerlas a buen recaudo.

El guardia la invita a subir los peldaños que dan acceso al interior del edificio. Mercedes quizá no llegue. Su cuerpo se tambalea ya en el primero y parece a punto de derrumbarse. El guardia advierte que la puerta exterior se ha quedado abierta. Se dirige sin prisa hacia ella y la cierra con una parsimonia que saca de quicio a la mujer. En medio de la escalinata, Mercedes lo retiene del brazo y solicita su atención.

—Mi sobrino está en casa, congelado —le confiesa sin rodeos.

—¿Ricardo? —El guardia le dedica una expresión de absoluta incredulidad, a la que sigue otra de infinita condescendencia—. Pero cómo va a estar congelado, Mercedes, qué cosas se le ocurren.

—Está congelado. Se lo juro —insiste la mujer, apresándole el brazo con toda la fuerza de la que es capaz.

Mercedes intenta superar el siguiente escalón, pero es incapaz. Sufre un ligero mareo. Las piernas no le obedecen. Se agarra con una mano a la barandilla de la rampa de minusválidos y lo intenta sin éxito. Al percatarse de la situación, el guardia la sujeta de la mano y la ayuda a superar el obstáculo. El hombre ha advertido que el aliento de Mercedes apesta a alcohol. En cuanto acceden al vestíbulo, le suelta la mano y se aleja con discreción para que la maniobra no le resulte ofensiva. Abre la puerta de la oficina, enciende la luz y levanta la persiana. Separa la silla de la mesa e indica a la anciana que se siente. Él permanece inmóvil delante de la ventana, estirándose el uniforme. Mercedes sigue las instrucciones del guardia como un corderillo aturdido.

—Cuénteme con más detalle esa historia de que su sobrino está congelado —solicita el guardia. Acto seguido toma asiento y entrelaza las manos, formando sobre la mesa un triángulo equilátero. Le dirige a Mercedes una mirada comprensiva no exenta de cierta curiosidad.

—Al llegar a casa encontré a mi sobrino sentado al piano. Es Nochebuena, así que pensé que me quería dar una sorpresa, aunque nunca lo hace. Cuando viene a visitarme siempre telefona antes. Como le digo, estaba sentado en la banquetta, de modo que me acerqué para darle un abrazo y, al tocarlo... ¡Oh, Dios! ¿Cómo...? ¿Cómo...?

—Mercedes, ¿cómo... qué? —El guardia adelanta ligeramente el torso y gira los pulgares hacia arriba, como si fueran dos signos de admiración con los que subrayar su perplejidad.

—¿Cómo es posible una cosa así? Estaba helado, rígido como una piedra. Y luego se ha caído sobre las teclas. —Las primeras lágrimas ruedan por sus pómulos. Agita las manos en el aire. Le tiembla el mentón, los dientes castañetean—. ¡Oh, Dios! ¡Mi niño, mi niño! Le iba a abrazar y se ha desplomado.

—No tiene ningún sentido lo que dice —señala el guardia con un tono firme y al mismo tiempo conciliador—. Cómo va a estar congelado su sobrino. El día es muy frío por culpa de esa puñetera niebla. Pero de ahí a que una persona se congele...

Mercedes saca un pañuelo del bolsillo y se limpia los ojos. El guardia abre un cajón y alcanza un paquete de Kleenex. Se lo entrega por si acaso necesita aprovisionarse.

—Le toqué la cara —prosigue Mercedes, ignorando el ofrecimiento—. Era un tímpano, un tímpano... Y luego se cayó. Casi ni lo toqué y se derrumbó.

—¿Y qué pasó con el cuerpo? —pregunta el guardia con expresión indiferente.

—Está tumbado sobre el piano. —Solloza—. Sentado en la banqueta y con la cabeza sobre las teclas.

—Deduzco que no llamó a nadie y que ningún vecino ha entrado en su casa desde ese momento. —El tono del guardia está lejos de mostrar preocupación—. ¿Lo dejó tumbado sobre el piano y vino para acá directamente?

—Así es. ¿Qué otra cosa iba a hacer? No puedo con él. No tenía fuerzas para levantarlo.

El guardia asiente con la cabeza y juguetea con una grapadora. Escucha a Mercedes por educación, pero no tiene en consideración sus palabras.

—Bien. —Respira despacio y frunce los labios—. Vamos ahora mismo a su casa a ver qué está pasando.

El guardia Madrigal efectúa una llamada rápida para comunicar a un compañero que se va a ausentar durante un rato. Se incorpora, ayuda a levantarse a Mercedes y la conduce al aparcamiento situado en la parte trasera del edificio. Abre la portezuela de un coche y la invita a acomodarse en el asiento delantero. Arranca el vehículo sin poner en funcionamiento las luces de emergencia ni la sirena. No considera conveniente alterar la vida del pueblo en plenas Navidades, por lo que seguramente sea una falsa alarma.

Conduce con suma tranquilidad y mira de soslayo a Mercedes para cerciorarse de que se encuentra bien. Toma las curvas con delicadeza, de lo contrario la anciana acabará vomitando en la guantera. Aparca el coche delante de la casa de Mercedes. La ayuda a salir y a poner el pie en tierra sin resbalar.

Mercedes abre la puerta de su casa y camina por el pasillo con pasitos cortos y suspiros profundos. Se detiene en medio del pasillo y le indica al guardia con un ademán el lugar donde se encuentra el salón.

«Ahora se dará cuenta ese descreído de que no he inventado nada. Se va a quedar pálido cuando vea a mi sobrino. Estos chicos jóvenes piensan que lo saben todo. Y a veces tienen razón, pero otras se pasan de listos», musita ofendida.

Al pensar en la siniestra escena que le espera unos metros más allá, Mercedes sufre un vahído y tiene que apoyarse en el marco de una puerta. Cierra los ojos y respira profundamente varias veces. El corazón le golpea en el pecho como un hacha hundiéndose en un tronco.

El guardia avanza por el pasillo con ritmo seguro y abre la puerta del salón con la misma diligencia. Una vez dentro, Mercedes ya no puede verlo. Oye que el muchacho da dos pasos y se detiene. Un largo silencio le sigue al último eco de sus zapatos sobre la tarima. Vuelve a cerrar los ojos. Le sudan el cuello y las manos. Nota calor en todo el cuerpo y se desabrocha el primer botón del abrigo.

De repente el guardia emite una frase que la perturba aún más de lo que estaba:

—Mercedes, aquí no hay nadie.

La mujer se sobresalta tanto o más que si hubiera vuelto a ver el cadáver.

—¿Cómo que no hay nadie? ¿Qué broma de mal gusto es esta? —clama.

Mercedes recupera una pizca el equilibrio y avanza renqueando hacia el salón, apoyándose con los antebrazos en la

pared. Al entrar advierte que el guardia tiene razón. Junto al piano no hay nada. La tapa está bajada y la banqueta se encuentra correctamente situada.

—¡Estaba ahí! —asegura con determinación y la mirada clavada en el teclado. Su cabeza oscila entre la sorpresa y la incredulidad, tratando de encontrar alguna explicación.

—Ricardo no está aquí —replica el guardia con una condescendencia aún mayor que la mostrada en el cuartel.

—Estaba aquí. Mi niño estaba aquí...

Mercedes camina hacia el fondo del salón y se apoya en el piano con una mano. Con la otra señala el centro de la banqueta para que al guardia no le quede ninguna duda. El hombre abre los brazos y enarca las cejas, señal de que su paciencia empieza a resentirse.

—Pues no lo entiendo —balbucea la anciana, completamente desorientada.

Mercedes se tapa la boca con las manos, como si no acabara de creer del todo lo que ven sus ojos. Pasea la mirada por cada rincón del salón. Si ya era difícil entender que Ricardo apareciera congelado en su casa, debe de resultarle más absurdo constatar que el cuerpo ha volado en el escaso plazo de la visita al cuartel. Instigada por una absurda posibilidad, mira bajo la mesa y detrás del sofá.

El guardia le dedica una sonrisa amarga y desdeñosa. Ahora sí que está completamente convencido de la chifladura de Mercedes. Abre la puerta de la cocina e inspecciona en su interior sin excesivo celo, simplemente atendiendo a un mero trámite. Practica la misma maniobra en el baño y el resto de habitaciones. Regresa al salón con la actitud escéptica que había mostrado desde un principio, intuyendo lo que se iba a encontrar al entrar en la casa: nada.

El guardia se dirige a Mercedes con mucho tacto y una buena dosis de cariño.

—Mercedes, su sobrino no está aquí.

—Ya lo veo. Pero hace un rato lo estaba, ¡ahí mismo! —Vuelve a señalar la banqueta—. Se lo juro por lo más sagrado.

El guardia alza y deja caer los hombros.

—No se moleste por lo que le voy a decir. —Se acerca a Mercedes y le coloca las manos sobre los brazos con delicadeza—. Ya en el cuartel me di cuenta de que estaba usted algo... bebida, pero le seguí la corriente.

—Lo sé. Una se da cuenta de esas cosas, aunque esté «algo bebida». Por eso no ha encendido la sirena del coche ni ha puesto las luces esas que dan vueltas.

—Exacto. No tenía ningún sentido hacerlo.

—Ya.

—Creo que esta mañana usted ha bebido de lo lindo, acompañada por su par de amigas. —El guardia sonrío y se abanica la boca con la mano, simulando apartar los efluvios del infecto aliento que despide Mercedes—. Salta a la vista que echaba de menos a su sobrino, sobre todo en estas fechas tan familiares. Probablemente se había imaginado que Ricardo vendría a visitarla y su cabeza se comportó como una batidora, mezclando el deseo de verlo con el temor a que no apareciera. Un conjunto de estados de ánimo y alcohol que ha desembocado en un delirio.

—¿Un delirio? ¿Yo? —bufa la mujer, irritada—. ¿Cómo se atreve?

—Efectivamente. —Vacila un instante el guardia—. Siento tener que decírselo de una forma tan cruda, pero creo que se lo ha imaginado todo. Bueno, más que creerlo, estoy convencido al cien por cien.

—¿Imaginado? —le recrimina Mercedes, enfatizando cada sílaba para manifestar su reticencia—. ¿Cómo voy a imaginar una cosa así?

—No lo sé. Se ha tomado usted unos vermús y echa de menos a Ricardo. —El guardia pasea por el salón. Coge del aparador una foto de Ricardo al azar y se la muestra—. Ha creído verlo en el lugar donde pasa más tiempo cuando viene a su casa:

el piano. Eso es todo, Mercedes. Usted misma puede comprobarlo. El cadáver de Ricardo no está aquí. Y los cadáveres no tienen alas. —Deja la foto en su sitio y se cruza de brazos.

—O sea, usted piensa que tengo visiones o algo parecido. En una palabra, que estoy medio loca.

—No, mujer, no la estoy llamando loca. Ni mucho menos. Pero a veces los deseos nos juegan malas pasadas. Y si le añadimos que esta mañana seguramente se ha recorrido todos los bares del pueblo...

—Bueno, tampoco son tantos.

—Sí, Mercedes, son muchos y están muy juntos. Es fácil agarrarse una buena cogorza.

El guardia Madrigal se acerca de nuevo a la mujer y la sujeta por las muñecas, tratando de aportarle el vigor y la fortaleza que parecen faltarle.

—Póngase a comer en cuanto me vaya y luego se echa una buena siesta. Verá como cuando se despierte está como nueva.

Mercedes asiente con la cabeza. Simula hacer caso al hombre, pero sigue emperrada en que su sobrino estaba sentado al piano cuando ella entró en casa.

—Sepa usted que yo no he sufrido delirios ni nada por el estilo. El vermú me alegra la vida y me suelta la lengua, eso es cierto, pero no me provoca visiones.

El guardia mantiene su tono paciente a pesar de las circunstancias.

—Voy a llamar a la trabajadora social para que venga alguien a pasar la tarde con usted, aunque es un mal día. Probablemente hoy libre.

—No hace falta que llame a nadie. Le juro que haré lo que me dice.

Mercedes se sienta en el sofá, ligeramente inclinada hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, desvalida, mirando al suelo. El guardia la observa con una lástima ya incapaz de disimular.

—Venga, quítese el abrigo y coma.

—No se preocupe. Le haré caso.

—Ahora tengo que regresar al cuartel. Si ocurre algo, llámenos. El teléfono está en la guía. Bueno, mejor se lo anoto. ¿Tiene papel y boli por algún sitio?

—En el primer cajón. —Le indica la librería que preside el salón.

El guardia extrae una cuartilla, escribe el número con trazos gruesos y le muestra la hoja a Mercedes.

—Aquí se la dejo, para que lo tenga a mano.

«Este hombre debe de imaginar que, además de estar loca y borracha, también tengo vista cansada», farfulla la mujer.

El guardia deposita la hoja en el centro de la mesa, apoyada sobre el jarrón, y se cerciora de que resulta visible desde cualquier punto del salón.

—¡Feliz Navidad, Mercedes! Y tranquilícese. Verá como su sobrino aparece en cualquier momento por esa puerta.

El guardia le hace un par de caricias en el hombro y se encamina hacia la salida. Ella le agradece el gesto con una sonrisa forzada.

«Yo no necesito arrumacos, sino que alguien me crea», rezonga a sabiendas de que el guardia ya no puede oírla.

Advierte un calor agobiante en todo el cuerpo. Se da cuenta de que no podía ser de otra manera: lleva todavía el abrigo encima. Se lo quita y lo cuelga en el respaldo de una silla.

«No pienso probar bocado ni echarme a dormir. ¿A quién se le ocurriría ponerse a comer después de lo ocurrido?», refunfuña.

En lugar de aceptar las sugerencias del guardia Madrigal, Mercedes se dedica a dar vueltas por la casa, buscando una respuesta a la evaporación súbita de Ricardo. Sospecha que su sobrino está fingiendo su muerte para asustarla y que en cualquier momento aparecerá en la bodega, detrás de un tonel, o en el desván, tras el colchón de lana que aún conserva si es que no se

lo ha comido ya la polilla. O en el trastero. Si de algo está segura es de la presencia de Ricardo en la casa. Baraja la hipótesis de que ande escondido en algún rincón, como hacía de pequeño, y que en cualquier momento salga de su escondite para darle una sorpresa. Está convencida de ello. En el instante más inesperado se abrirá una puerta y aparecerá sonriendo con un regalo en las manos. Un ramo de flores o una flor de Pascua, y un regalo especial. Todos los años Ricardo le lleva a su tía un regalo bueno y caro, porque dinero no le falta y la quiere mucho. Sabe que su sobrino siempre la visita en Navidad y está convencida de que ese año no va a ser menos.

Baja a la bodega y pasa revista a cada hueco: tras el tonel no encuentra más que una telaraña de medio metro. Sube al desván y lo inspecciona con detenimiento. Aparte de polvo a raudales y una colección de objetos inútiles, allí tampoco encuentra ningún rastro. Desde la ventana del desván se divisa el huerto, seco y desolado. Lo que en verano es un auténtico vergel ahora únicamente acoge media docena de berzas fosilizadas y las varas de las judías que ese año ha olvidado extraer y guardar para la siguiente siembra. Estaba convencida de que las había recogido, pero siguen ahí, clavadas en la tierra. Ya solo le queda mirar en el tambor de la lavadora; de pequeño Ricardo se escondía allí dentro para que su hermana no lo encontrase. Mercedes se percató de que la lavadora está llena de ropa lavada. Había olvidado por completo tenderla.

Son las cinco de la tarde y Ricardo no da señales de vida. Por primera vez en horas, Mercedes es consciente de que no se encuentra en casa. Ni vivo ni muerto. Y tiene que empezar a hacerse a la idea. La mujer se devana los sesos preguntándose dónde se habrá ido, porque no se lo puede haber tragado la tierra.

Desconsolada, vuelve al salón. A pesar de haberse desprendido del abrigo hace un buen rato, sigue sintiendo calor. Se acerca al radiador y quema como el diablo, casi se escalda las

yemas de los dedos. Ella suele apagar la calefacción cuando sale a la calle. Esa mañana, con la emoción de la posible llegada de su sobrino, se había despistado.

Gira la rueda del termostato y suspira angustiada. Algo raro le está pasando últimamente: no solo había olvidado quitar la calefacción al salir de casa, una férrea costumbre, sino que la colada llevaba tres días metida en la lavadora.

El médico le había diagnosticado lagunas temporales. Mercedes se pregunta si los vecinos estarán en lo cierto cuando la llaman «vieja chiflada» a sus espaldas.

La mujer abre la puerta del porche para que se disipe el calor. El aire gélido y húmedo le golpea en la cara y la ayuda a despejar la mente. Llega a la conclusión de que tal vez el guardia estaba en lo cierto y Ricardo nunca había estado allí.

EL GUARDIA MADRIGAL regresa al cuartel y se acomoda en la oficina. Contempla reflexivo las bandejas donde se hallan los formularios. Duda si redactar un informe o esperar a los acontecimientos. Decide contar antes lo ocurrido al sargento Paredes y aguardar las indicaciones de su superior. Es el sargento quien debe tomar una decisión así. Lleva años en el cuartel y conoce perfectamente a Mercedes y su familia. Tratarán el tema de forma extraoficial antes de ponerse a redactar documentos que luego acaben en la papelera.

Nada más aparecer el sargento por el vestíbulo, el guardia lo aborda.

—Señor, Mercedes ha estado aquí. La mujer ha venido llorando y desencajada. Dice que ha visto a su sobrino congelado sobre el piano en el salón de su casa. No estaba en sus cabales. Tenía pinta de haberse bebido una botella entera de vermouth.

Extrañado, el sargento Paredes se atusa la barbilla.

—¿Cuándo ha venido?

—Hace un rato. La he acompañado a su casa para asegurarme de que desvariaba y, efectivamente, allí no había nada. He registrado toda la vivienda y ni rastro del músico.

El sargento menea la cabeza y pestañea con insistencia.

—Normal. Me acabo de cruzar con Ricardo en la rotonda del puente. Iba en su coche.

—Ajá. —El guardia Madrigal no le había otorgado credibilidad al testimonio de Mercedes en ningún momento, pero la respuesta del sargento le tranquiliza por completo. Su siguiente cuestión responde a una mera curiosidad—: ¿Qué coche tiene Ricardo?

—Un Jaguar verde. Te juro que lo he visto hace quince minutos como mucho. Conducía una mujer rubia y Ricardo iba de copiloto. Imagino que era su esposa o su hermana, como las dos son rubias y tan parecidas... Salían de la rotonda y tomaban el puente.

—No sabía qué hacer al respecto. Mercedes estaba fuera de sí, como poseída. Tendría que haberla visto. ¡Pobre mujer!

—Siempre que viene al pueblo, Ricardo suele subir al lagar de Timoteo a comprar unas cuantas cajas de sidra para llevarse a Madrid. Seguro que dentro de un rato están de vuelta.

—Eso ya suena mejor —manifiesta el guardia, ya más sereno.

—Estoy seguro de que han subido allí. Incluso igual se han acercado a la granja Lisuca, le encanta el queso que hace esa mujer. Cuando llenen el maletero de sidra y queso, da por seguro que bajarán a comer con Mercedes, y sus preocupaciones se habrán acabado de un plumazo.

—Imagino la emoción de la mujer cuando lo vea aparecer por la puerta —se consuela el guardia.

—¡Y vivo! —bromea el sargento.

—Pfff. No quiero ni pensar la alegría que se va a llevar. Le juro que estaba medio trastornada. Nunca la había visto en ese estado.

—La soledad es dura —reconoce el sargento, con un destello de tristeza en los ojos.

—Bueno. Asunto solucionado —zanja el guardia Madrigal, frotándose las manos.

—Estupendo. ¿Alguna otra incidencia?

—Nada más. Ha sido una mañana tranquila. Lo único reseñable ha sido la visita de Mercedes.

—Una verdadera pena. Entre el alcohol y otras cosillas... —insinúa el sargento, meneando la cabeza.

—¿Cosillas?

—Pastillas. Ya sabes. —Contrae los labios—. Muchas pastillas, de todos los colores. Vive sola y los sobrinos vienen cada vez menos por culpa del trabajo. El otro día me dijo Alicia, su vecina, que la había pillado tirando piedras a su huerto. Y cuando se lo recriminó, le contestó que era para espantar a las gaviotas. Pero las gaviotas no anidan en esa zona. Está un poco... —Se lleva el dedo índice a la sien.

—No lo sabía.

—Es algo que no tiene solución. A todos nos tocará pasar por ahí. Tenlo por seguro.

—Ajá. O sea que no abrimos diligencia.

—No es necesario. —El sargento da una palmada al guardia en el antebrazo—. Bueno, me voy a comer. Mi mujer me va a echar la sopa por la cabeza como no me dé prisa.